

mo Job, no vacila como los Israelitas, no desfallece como David, sino que sencillamente cree y adora, haciendo de la poesía, la más bella entre las bellas artes, porque es la más completa, la más universal y la más humana, el medio de hacer participar á los demás hombres de la grandeza de sus pensamientos y de la pureza de sus afectos.

Este me parece que es el verdadero sentido de la teoría poética de Carpio, y así creo que deben entenderse las palabras del Sr. Couto que he copiado más arriba, las cuales comprendidas de otra manera contendrían un absurdo, porque no puede existir la poesía sin un pensamiento filosófico ó religioso que la informe. Así se explica igualmente la predilección de Carpio por la poesía descriptiva, la cual, como todos sabemos, nació ó tuvo su mayor desarrollo bajo la influencia del Cristianismo, cuando tranquilo el hombre respecto de su origen y su destino, descifrado para él el misterio de la creación, pudo comprender y estimar las inagotables hermosuras de la naturaleza. (1)

Carpio no es, pues, como con frecuencia se ha dicho, solamente un poeta religioso, sino un poeta creyente y piadoso, inspirado

(1) Vease nuestro modesto estudio sobre la poesía descriptiva, que se publicó en los *Anales de la Sociedad Sánchez Oropesa*.—1881.

siempre por la idea cristiana, como es fácil demostrarlo, recorriendo rápidamente sus poesías. Así, por ejemplo, y eligiendo como objeto de nuestro estudio la composición al *Sér Supremo*, con que comienza el tomo de sus versos, desde luego se nota la diferencia entre ésta y las composiciones de otros poetas sobre el mismo asunto.

Carpio, en quien la idea del poder y de la grandeza de Dios iba siempre unida á la de su bondad infinita, no se eleva, es cierto, en la composición que acabo de citar, hasta la magnífica entonación de Fray Luis de León, cuando, interpretando los acentos sublimes de David, exclama lleno de lírico entusiasmo: (1)

Bendice ¡oh alma! á Dios,

Señor, tu alteza,

¿Qué lengua hay que la cuente?

Vestido estás de gloria y de belleza,

Y luz resplandeciente.

Encima de los cielos desplegados

Al agua diste asiento,

Las nubes son tus carros, tus alados

Caballos son los vientos.

Son fuego abrasador tus mensajeros

Y el trueno y torbellino...

También es cierto que en la poesía de

[1] Salmo 103.--Benedic, anima mea, Domino.

Carpio la idea de la grandeza de Dios comparada con la pequeñez y fragilidad del hombre no se graba en nuestras almas de una manera tan enérgica como en aquellos hermosísimos versos de Lamartine, que en su laconismo sublime parecen haber agotado cuanto pudiera decirse para dar una idea del Sér infinito y eterno que nuestro espíritu no puede concebir sino con una existencia necesaria.

Il est; tout est en lui; l'immensité, les temps
De son être infini sont les pures elements;
L'espace est son séjour, l'éternité son âge,
Le jour est son regard, le monde est son image.

Mas en cambio, ¿quién no descubre en los versos de Carpio los afectos de un poeta profundamente cristiano, que canta porque se desbordan de su alma tiernamente agradecida, los sentimientos que le inspira la contemplación de la Bondad Divina, sus inmensos beneficios, atestiguados por toda la creación. Se siente luego que su alma está llena de la idea de Dios, cuando se le oye exclamar:

O tienda yo mi vista en la llanura
Que va á perderse allá en el horizonte,
O penetre la lóbrega espesura
De algún oculto y pavoroso monte;

Ya contemple del mar la vasta anchura
O á la espléndida esfera me remonte,
¡Grande y sublime Sér! en todo ello
Contemplo absorto tu divino sello.

Luego se ve que el Dios de Carpio no es como el Dios de los filósofos, una idea laboriosamente elaborada por el pensamiento, confundiéndose con la idea absoluta de lo Infinito, sino el Dios de la conciencia, el Dios de la humanidad, cuya existencia y cuya grandeza proclaman en concierto todas las lenguas y publican en variado y armonioso lenguaje todas las criaturas; menos todavía el Dios abstracto de los panteístas, rey solitario, como dice Cousin, relegado más allá de la creación, en el trono desierto de una eternidad silenciosa, sino el Dios personal de los cristianos, el Dios clemente y bueno, á quien el poeta puede dirigir, con toda la efusión de su alma confiada y conmovida, las siguientes palabras:

Tú tiñes las adelfas y las rosas
Aun en botón, en púrpura brillante;
Las azucenas puras y olorosas
Colocas en su tallo vacilante;
Las amapolas frescas y pomposas
Se abren, Señor, bajo tu soplo amante;
Y del tomillo en las pequeñas ramas
Mil flores hermosísimas derramas.

Haces nacer el cedro en las montañas,
Y el sauce á las orillas del torrente
Do nacen los helechos y las cañas,
Y yerbas mil en la estación ardiente:
De la tierra fecundas las entrañas
Con el calor y el agua dulcemente,
Y así los campos de verdor revistes,
Tornando alegres los que fueron tristes.

Sería necesario recitaros todo esta hermosa composición en la que siempre he encontrado belleza y novedad, no obstante tratarse de un asunto cantado por tantos poetas, para comprobar el juicio que he emitido. Nunca he podido leerla, sin que se vengan á mi memoria, por el contraste que con ella forman, aquellos otros no menos hermosos versos de Bermúdez de Castro en los cuales el poeta supone que su alma angustiada, envuelta en las sombras de la duda, busca á Dios por toda la creación sin poder encontrarle, seguramente porque su nombre adorable había sido borrado del fondo de su corazón.

Carpio, ni por una ficción poética hubiera podido exclamar como el poeta español: (1)

(1) Bermúdez de Castro.—Poesías.—Los versos que he copiado confirman lo dicho en el texto: el poeta puede cantar una agitación pasajera de su espíritu, y Bermúdez de Castro estaba muy lejos de expresar en estos versos una duda real y verdadera de su espíritu. En la misma composición canta después las bellezas y los consuelos de la

¿En dónde? ¿En dónde estás? ¿Por qué tu frente
Entre las sombras del misterio velas?
¿Dónde á la vista ansiosa te revelas
Del mortal que te busca por doquier?
¿Cuándo esta duda horrible que me abrasa,
Disipará tu gloria refulgente?
Escucha ¡oh Dios! mi súplica ferviente,
Ven á mi voz, Omnipotente sér.

He recorrido la llanura inmensa
A los trémulos rayos de la luna,
Ni un árbol, ni una flor; fuente ninguna
Derramaba sus ondas de cristal:
Te llamé, te llamé, y el horizonte
Los cielos con la tierra confundía;
Pero silencio general cubría
La extensión del tristísimo arenal.

Menos hubiera podido añadir como el mismo poeta después de haber buscado á Dios vanamente en los altares que la humanidad levanta, y en el santuario augusto de la conciencia:

¡Ay! ¿Dónde estás? Junto al altar en vano
La noche me miró, me alumbró el día;
Ni el alba clara, ni la luna fría
Te llevaron mis lágrimas jamás.
En la frente buscaba del cadáver
Una sola verdad, una creencia.

fe; mas, en nuestra pobre opinión, esta última parte es débil comparada con la primera. El grito de alegría del alma al encontrar á Dios, debía ser tan apasionado y vehemente como lo fué el grito de angustia y de dolor al buscarle vanamente, interrogando á la creación.

Y nada me indicaba tu presencia;
¿En dónde, Sér Supremo, en dónde estás?

No, repetiré por último, para poner término á esta comparación que en el punto de vista de la belleza artística pudiera ser sobremañera interesante, entre dos composiciones que revelan dos estados diferentes del alma; no, del corazón de Carpio nunca hubieran podido brotar esos desgarradores acentos, que tan hondamente nos conmueven porque nos hacen sentir el frío intenso de la nada; en su poética no podía entrar la negación y la duda como elementos de belleza, porque en su alma tampoco podían tener cabida, ni constituir un estado psicológico que consideraba imposible. (1)

(1) Este estudio comparativo entre las poesías de Carpio y las de algunos otros poetas sobre los mismos asuntos, sería por demás curioso, y en mi concepto, confirmaría la verdad del juicio que he emitido. Además de las poesías que he citado, pudiera también traer á este cotejo el Himno á la Divinidad, de Arolas, no destituido de mérito, que comienza así:

Señor, tú eres Santo; yo adoro, yo creo:
Tu cielo es un libro de páginas bellas,
Do en noches tranquilas mi símbolo leo
Que escribe tu mano con signo de estrellas.

Otra poesía de Meléndez Valdés *La presencia de Dios*, pudiera también servir para un estudio semejante. Su primera estrofa expresa la misma idea que las de Carpio, salvo el sentimiento de inquietud, que en Carpio está sustituido por la confianza. Dice así:

Doquiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás, y llenando
La inmensa creación, do en alto empireo
Velado en luz te asientas
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.

Este sentimiento de fe robusta y de tierna piedad cristiana resplandece en todas las demás composiciones de Carpio. Sin tomar en cuenta aquellas que por la naturaleza de sus asuntos no podían ser de otra manera, y cuyos hermosos versos todos hemos aprendido á repetir de memoria desde niños; sin necesidad de recordar aquí aquel triste y melancólico paisaje que pudiera ser trasladado al lienzo de un artista, en el fondo del cual se destaca la augusta figura del Redentor del Mundo, llenando de asombro y de pavor á los ángeles y á los hombres.

Caminando con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas;

sin traer á la memoria aquellas estrofas á cuya lectura parece que se siente el fuego abrasador del medio día y el vapor de la caliente arena que hace torcer el cuello del espinoso cardo, y que sirven de fondo al cuadro en que se pinta la desolación y el dolor sin semejante de la Madre del Verbo; puede asegurarse que Carpio nunca deja de ser el poeta profundamente cristiano, aun cuando trate de asuntos que parecen, extraños á los afectos piadosos que le inspiran.

Así, en una de sus poesías patrióticas, la que lleva por único título *Méjico*, poesía en

que como en todas las suyas predomina el elemento descriptivo, después de pintar con variados y vivísimos colores, en versos que han llegado á ser populares, la hermosura incomparable de nuestro cielo, nuestros campos siempre cubiertos de verdura, nuestros volcanes coronados de eternas nieves, el poeta que no puede olvidar que es creyente, exclama al terminar:

Es mi voto postrero patria mía,
Pedirle al cielo que dichosa seas,
Pedirle al cielo que otra vez te veas
Como en un tiempo cuando Dios quería.

El te devuelva tu riqueza y galas,
Y te enjague tus lágrimas hermosas;
Y te corone de laurel y rosas,
Y te cubra benigno con sus alas.

Y en la otra, *Méjico en 1847*, escrita, como su título lo indica, bajo la impresión de amargura y tristeza que causó en el ánimo del poeta la desgraciada guerra con los Estados Unidos del Norte, mirando los desastres que al fin sufrimos, como un castigo del Cielo por nuestras guerras fratricidas, dice movido de santa indignación:

¿Cuál es el campo que la guerra impía
Una vez y otra vez no ha ensangrentado?

¿Y cuál de las montañas no ha temblado
Al trueno de pesada artillería?

¿Qué ciudades, qué pueblos ó desiertos
No han visto los más bárbaros estragos?
¿Dónde están los arroyos y los lagos
Que no tiñó la sangre de los muertos?

En medio á tanto mal, el incensario
Llenó de humo los templos ofendidos;
Y cánticos, y lloros, y gemidos
Sonaron en el lúgubre santuario.

En vano todo; el indignado cielo
A Méjico en su angustia desampara,
Y el terrible Jehová vuelve la cara
A los pueblos sencillos de otro suelo.

Aun en sus poesías puramente históricas, en esa preciosa colección de sonetos, que es como una hermosa galería de cuadros en que nos dejó pintados de mano maestra el amor de Fedra, la despedida de Héctor, la muerte de César, etc., así como en los otros en que figuran personajes históricos modernos, se advierte, en cuanto la naturaleza de los asuntos lo permite, y lo consiente la estrechez de la forma, que es un poeta cristiano quien juzga de los hombres y de las cosas. Es un error el suponer que de la poesía descriptiva esté desterrado de una manera absoluta el elemento personal; tal suposición

es absurda porque el hombre todo lo llena con la inmensidad de sus afectos, todo lo anima con la intensidad de sus pasiones; y la naturaleza y la historia, como asuntos de puras descripciones, serían, la primera, un templo vacío en que no se levantaría ni una sola voz para adorar al Creador, y la segunda, una ruina gigantesca cuyo silencio no se vería turbado ni por el ronco zumbido del huracán, ni por el agudo silbido de los vientos. Carpio, en los sonetos primeros que he citado, no toma de los asuntos paganos sino aquellos sentimientos que por su universalidad pertenecen á todas las regiones, y al tratar de los asuntos históricos propiamente dichos, en nada desdice de aquella gravedad templada y triste, de aquella superioridad serena con la cual, conforme al criterio cristiano, se juzgan los sucesos de la historia.

Me falta tiempo para hablaros de Carpio como poeta erótico; pero todos saben que la primera entre sus composiciones de esta clase se distingue por la suavidad, ternura y pureza de los afectos; cualidades todas que sólo pueden concebirse en el amor, mediante la transformación que este sentimiento universal sufrió bajo la influencia saludable del Cristianismo. El *Turco*, de Carpio, como se ha dicho en són de censura, es un

cristiano disfrazado con el traje de los secretarios de Mahoma; y yo diré más todavía; es el poeta mismo que aun privando á su composición del calor que puede dar la expresión de los sentimientos personales, y ocultándose, por una especie de pudor que prueba la limpieza de su alma y la severidad de sus costumbres, bajo un personaje ficticio, ha sabido expresar en hermosos y encantadores versos, la intensidad de una pasión casta y pura, contenida por el respeto debido á la mujer á quien se ama, y aumentada por los tormentos de la ausencia. ¿Quién no recuerda aquellas estrofas tan naturales, tan sencillas, que parecen haber brotado espontáneamente de la pluma del poeta, y que una vez leídas se graban para siempre en la memoria?

Tanto, sin tí, me agobian los pesares,
Que á veces en la noche me importuna
Ver levantarse la redonda luna
Allá detrás de los hirvientes mares.

¿Qué me interesa en el distante cielo
El centellante Orión y Cinosura,
Si tan lejos estoy de tu hermosura
Único bien que sin cesar anhelo?

¿Qué me importa sin tí la blanca nube
Volando incierta por el aire leve?

¿Qué los grandes y verdes platanares
Que fresco el viento vagaroso mueve,
Si nos separan los inmensos mares?

¿De qué me sirven los jacintos rojos,
El lirio azul y el loto de la fuente,
Si no los han de ver aquellos ojos,
Si no han de coronar aquella frente?

Por último, señores, y para concluir este ya cansado estudio, diré que, á mi juicio, la filosofía toda de Carpio, tomando la palabra filosofía no en el sentido de la inquieta investigación de la verdad, sino como criterio de nuestra inteligencia, sabiduría de nuestra vida y guía de nuestra conducta, se encuentra admirablemente compendiada en el siguiente soneto, con que termina sus poesías sagradas, que parece haber salido de la mística pluma de San Juan de la Cruz. El último grito del hombre, aun del hombre rebelde, cuando la mano de Dios no le ha abandonado por completo, es siempre un grito de adoración, de sumisión y de respeto, ¿con cuánta mayor razón no debe serlo el postrer gemido de un alma tierna y piadosa:

Yo tengo un Padre allá en el alto cielo,
Que á los hijos de Adán ve con ternura
Y, si les da su copa de amargura,
Les da también su celestial consuelo.

Tengo un Hermano que en el triste suelo
Por el hombre vertió su sangre pura,
Y aquel Consolador que en gran ventura
Gambia las tibias lágrimas y el duelo.

Hoy que me hace llorar naturaleza,
Y me cerca de sombras y de horrores,
Me vuelvo á tu benévola grandeza.
Y si á tí no dirijo mis clamores,
¿A quién he de ocurrir en mi tristeza?
¿A quién he de ocurrir en mis dolores?

Conocido ya, en cuanto la brevedad del tiempo y la cortedad de mis talentos lo han permitido, el elemento que predomina de una manera casi exclusiva en las poesías de Carpio, y que comunica á sus obras un carácter especial, haciendo brillar en ellas una admirable unidad de pensamiento, tiempo es ya de que nos preguntemos: ¿cuál es el puesto que en justicia le corresponde entre nuestros poetas líricos contemporáneos?

¿Tienen sus composiciones poéticas un mérito real que las haga durables y que aumente el brillo de nuestra literatura nacional? ¿Será verdad, como algunos han dicho, que correspondiendo á otros ideales, que pasaron para no volver, esos hermosos versos, que fueron el encanto de una generación próxima á extinguirse, serán arrebatados por los vientos del olvido?

No sé realmente lo que deba contestar á estas preguntas. Refiriéndome á mis sentimientos personales, diré: que admiro sin reserva el carácter moral de Carpio; que para mí es de donde procede su originalidad poética, no sólo porque fué formado con las enseñanzas cristianas que constituyen el consuelo y las esperanzas de mi vida, sino también, y esto es lo que más importa cuando de la belleza artística se trata, por la profunda y constante sinceridad que se revela en todos sus escritos y que da fuerza, vigor y vida á todos los sentimientos que conmueven su alma y que comunica á sus lectores. En Carpio el hombre es el poeta y el poeta es el hombre.

Hay épocas desgraciadamente en la historia, en que la sinceridad es una rara y extraordinaria virtud. Fórmanse, á veces, ideas ficticias, sentimientos artificiales que en nuestra ceguera tomamos como la expresión sincera de lo que pensamos ó sentimos. Todos, más ó menos, solemos participar de este estado de perturbación moral, tomando como una situación permanente de nuestro espíritu lo que sólo es un desfallecimiento pasajero de nuestra fe, la agitación tumultuosa y transitoria de nuestras pasiones ó una ilusión de nuestro amor propio. Encontramos ó creemos encontrar cierta apa-

rente grandeza en colocarnos, como individuos ó como pueblo, fuera del círculo de verdades, que á ratos nos parece estrecho, en que por tantos siglos se ha encerrado la vida de la humanidad. De aquí nacen en filosofía las dudas, las incertidumbres y las contradicciones, y en poesía y en todas las bellas artes, las concepciones poco vigorosas, los sentimientos falsos ó exagerados, las expresiones hiperbólicas y la falta de un criterio cierto y seguro para comprender y estimar la belleza verdadera. El poeta puede, es verdad, colocarse en situaciones excepcionales, y esto es precisamente lo que constituye el elemento dramático del arte; pero lo excepcional debe encontrarse en las circunstancias exteriores que tienen su origen en las múltiples y variadas relaciones de la vida, no en el sujeto en quien reside la facultad de pensar y de sentir. Si lo contrario sucediese, el poeta aparecería como un sér extraño á los demás y su voz se perdería en el vacío sin encontrar un eco en el corazón de los otros hombres.

Cuando con más ó menos claridad este es el espectáculo que de ordinario se presenta á nuestra vista; cuando observamos tendencias muy marcadas á apartarnos de la sencillez sublime que constituye la verdadera poesía, porque buscamos también la comple-

alidad en vez de la simplicidad de las pasiones; cuando solemos dejarnos deslumbrar por la descripción de sentimientos artificiales y por lo mismo falsos; grato es para nosotros dirigir nuestra mirada hacia atrás, y contemplar una existencia tan llena, tan armónica, cuya unidad no fué jamás interrumpida, reflejándose en la obra imperecedera del poeta.

Bien sé que Carpio no es uno de aquellos poetas de primer orden, como Homero y Dante, que pertenecen á todas las épocas y á todas las civilizaciones, ante cuyo altar se arrodillan atónitos los hombres de todas las edades, pero sé también que la crítica le ha señalado un lugar excelso entre nuestros poetas descriptivos; [1] sé también, y esto vale para mí más todavía, que su nombre ha sido ensalzado y bendecido durante muchos años por todos los que hemos nacido bajo este cielo cantado por él en inolvidables estrofas, y que aun hoy día su recuerdo es objeto de veneración y de amor para todas las almas tiernas y piadosas. Si alguna duda abrigara acerca de su mérito poético, me bastaría decir al que pretendiese negarle una larga vida en la memoria de

(1) Tal es la opinión del Sr. Pimentel en su Historia Crítica de la Literatura y de las Ciencias en Méjico.

las generaciones venideras: leed sus versos, y admirando al poeta, aprenderéis á amar al hombre. Si como se ha dicho, no hace muchos días, en la Academia Francesa, la mejor literatura es la que transportada á la vida real crea una noble vida, nosotros podemos decir que la poesía más sublime es la que, siendo el reflejo de un existencia honrada, ha servido para inspirar á los hombres nobles pensamientos y sentimientos tiernos y virtuosos.

